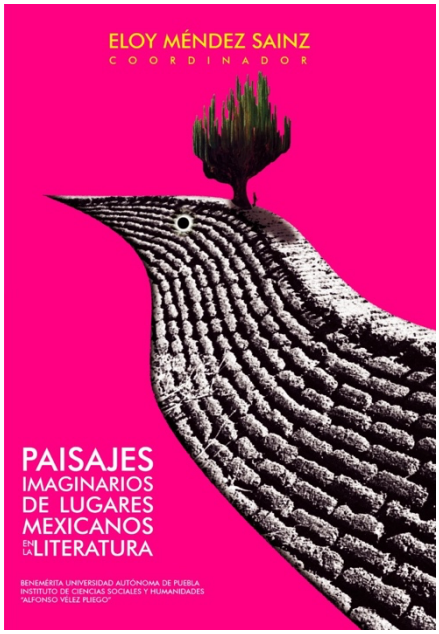


RESEÑA DEL LIBRO

"PAISAJES IMAGINARIOS. DE LUGARES MEXICANOS EN LA LITERATURA"

Eloy Méndez Sainz (Coord.), BUAP, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélez Pliego", 2024.

Por Alberto Almejo Ornelas

La publicación de *Paisajes imaginarios. De lugares mexicanos en la literatura*, coordinada por Eloy Méndez Sainz y editada por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla en 2024, marca un punto de madurez en la trayectoria intelectual de su coordinador. Arquitecto, urbanista y estudioso de los imaginarios territoriales, Méndez ha construido en las últimas dos décadas una obra que tiende puentes entre el espacio físico y el simbólico, entre el territorio como experiencia sensible y la literatura como registro de la percepción y la contemplación. En este nuevo libro, prolonga y profundiza su reflexión sobre la manera en que los textos literarios configuran una imagen emocional, un escenario narrativo, como se constituyen en manifestaciones políticas y culturales del paisaje mexicano. Méndez logró reunir a un amplio grupo de investigadores que dialogan desde distintas visiones, poniendo de manifiesto la construcción del paisaje a través de la lectura, en un intercambio de experiencias, memorias, rasgos y temporalidades entre el lector y narrador. El resultado es un mosaico de miradas, una interpretación, reafirmación o transformación de los imaginarios a través del tiempo, un laboratorio de pensamiento donde el país se redescubre a través de sus representaciones y se reconstruye por medio de las experiencias del habitar en los lugares.

Desde sus primeras obras, como *El imaginario de la ciudad* (2016), Méndez ha mostrado una inclinación constante por explorar cómo las imágenes mentales, los relatos y las metáforas se convierten en herramientas para habitar y comprender los espacios urbanos. Posteriormente, en *Paisaje y literatura. Vistas imaginarias de lugares* (2021, en coautoría con Milton Aragón), amplió el marco hacia la lectura del paisaje rural y natural, donde las artes han modelado las formas de representar y codificar las diversas realidades que se expresan y transmiten a través del lenguaje, proponiendo que toda geografía puede leerse como texto, donde cada palabra escrita cristaliza ideas y significados, a la vez que describe y adjetiva nuestro vivir. El libro *Paisajes imaginarios* (2024) continúa esa línea, pero la lleva

a una escala colectiva que motiva a la reflexión y enriquece la discusión: el libro no sólo amplía el corpus de análisis, sino que establece un diálogo interdisciplinario entre la arquitectura, la literatura, la antropología, el turismo, el patrimonio tangible e intangible y los estudios del territorio. Lo que aquí se ofrece no es una mera compilación de ensayos, sino un proyecto de investigación colectivo en torno a la pregunta de cómo se imaginan los lugares y cómo esas imaginaciones moldean la realidad, llevándonos a un acercamiento en la comprensión de los procesos diversos y complejos de resignificación de los paisajes.

En la introducción, Méndez establece el marco teórico que orienta el volumen. Parte de la tradición romántica del paisaje, de la mirada que descubre lo sublime y lo lejano, para situarse en una sensibilidad contemporánea donde el paisaje ya no se contempla desde la distancia, sino que se habita desde la proximidad, la experiencia y el afecto. Lo visible se entrelaza con lo vivido: el paisaje es a la vez territorio y emoción, entorno y memoria. La literatura aparece entonces como una formulación poética imaginaria, un instrumento para inducir a la existencia, captura un acercamiento a escenarios desconocidos, que deja entrever las variadas capas de realidad donde se recrea una nueva percepción que se apoya de los conocimientos precedentes, un punto focal privilegiado donde los lugares se transforman en símbolos; en este sentido, el libro se propone rastrear esas transformaciones a través de un recorrido por pueblos, ciudades y regiones de México, siempre en la intersección entre la palabra y el territorio

Cada capítulo relata una obra de literatura de lugares imaginados. El volumen está estructurado en dos grandes secciones, “Paisajes de pueblo” y “Paisajes de ciudad, territorio y turismo”, que reúnen catorce capítulos desarrollados por investigadores de distintas universidades del país. La primera parte se abre con un texto de Eloy Méndez Sainz, Lizbeth Celaya Vargas, Ana Isabel Rivera Navarro y Alicia Zamora Torres, dedicado al paisaje del llano jalisciense y a las novelas *Las tierras flacas* de Agustín Yáñez y *El llano en llamas* de Juan Rulfo. Este primer ensayo tiene un carácter programático: funciona como manifiesto metodológico del conjunto, al mostrar cómo se pueden poner en diálogo el paisaje literario, el paisaje real y el imaginario social contemporáneo a través del registro de las atmósferas, vínculos y paisajes constituyentes. Los autores revisitan los escenarios de San Gabriel y Tuxcacuesco para confrontar las imágenes de la sequía, la pobreza y la esperanza que Yáñez y Rulfo habían fijado en la literatura con la transformación actual de la región, marcada por la agroindustria y el turismo. Los autores ponen de manifiesto el paisaje literario donde se verbaliza la trama, se comprimen tradiciones, opresiones de la modernidad y esperanzas de lo local. El resultado es una lectura que entrelaza crítica literaria, trabajo de campo y observación territorial, estableciendo un modelo para los estudios posteriores.

El capítulo siguiente, de Osbelia Alcaraz Morales, se detiene en Taxco, Guerrero, para analizar la persistencia del valor turístico del paisaje campirano de México. La autora rastrea el modo en que la estética colonial del lugar ha sido construida y reproducida por discursos patrimoniales y por la mirada del visitante. Taxco, visto a través de los textos de Manuel Toussaint y de la retórica nacionalista del siglo XX, se convierte en un símbolo de autenticidad y belleza congelada, una especie de escenografía idealizada. Alcaraz muestra

cómo el turismo ha transformado ese patrimonio en mercancía, sustituyendo la experiencia viva por la imagen repetida. El escrito es una crítica a los paisajes encadenados a lo estático por el turismo, sin tomar en cuenta la evolución de las sociedades. Su reflexión acerca del "deseo de autenticidad" que impulsa el turismo cultural constituye una de las contribuciones teóricas más sugerentes de la autora.

Sylvia Cristina Rodríguez González, en su estudio sobre Mocorito, examina el proceso mediante el cual el programa gubernamental de los "Pueblos Mágicos" reconfigura los escenarios rurales para adaptarlos a las expectativas turísticas. Basándose en las crónicas de Juan Salvador Avilés Ochoa, la autora describe cómo los propios habitantes participan en la representación de su localidad, construyendo un teatro identitario donde la nostalgia y el consumo se mezclan, aquí se realza lo efímero donde los montajes pierden su carácter transitorio, revalorándolos como aquello que prevalece en la memoria de los lugares. En este ensayo, el paisaje aparece como una puesta en escena compartida: el lugar se inventa a sí mismo para ser contemplado.

El cuarto capítulo, escrito por Leticia Peña Barrera, Carmen García Gómez y Luis Herrera Terrazas, aborda la Sierra Tarahumara a partir de *Rumbo a Batopilas*, de Ramón Corral. El texto contrasta la visión romántica y exótica del norte mexicano que ofrecía Corral con la mirada contemporánea del visitante que demanda comodidad, bienes y servicios, en contraposición del habitante que busca adaptarse ante condiciones de desamparo, revelando la coexistencia de la belleza natural con el abandono social. El paisaje, descrito como sublime y desolado, se convierte en un espacio de soledad y resistencia. La Tarahumara emerge aquí no como un escenario vacío, sino como territorio herido donde la literatura, al igual que la investigación, puede ejercer un papel de denuncia.

El Bosque de Niebla, en Veracruz, es el objeto de estudio del quinto capítulo, firmado por Polimnia Zacarías Capistrán, Laura Mendoza Kaplan y Cristóbal Arellano Jiménez. A partir de las novelas *El Bordo* y *Otilia Rauda* de Sergio Galindo, los autores incorporan las fuentes historiográficas como instrumentos para el estudio de los paisajes y el patrimonio cultural de los lugares, recalcan la construcción del paisaje a través de su estética, la dimensión literaria y la dimensión experiencial, no obstante pare ello, promueven la participación comunitaria como un acto de expresión donde se manifiesta y salvaguarda la memoria e historia, rastrean el modo en que la vegetación, la humedad y la atmósfera del bosque construyen una sensualidad propia del paisaje veracruzano. El contraste con la actualidad ambiental muestra la pérdida de esa densidad simbólica, sustituida por prácticas invasivas, un turismo depredador y por la expansión urbana. Este ensayo introduce la noción de "itinerario paisajístico" como herramienta metodológica para pensar la relación entre literatura, patrimonio y transformación ecológica.

La sexta contribución, de José Francisco Gómez Coutiño y Beatriz Eugenia Argüelles León, se centra en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, especialmente en las casas coloniales de patio como espacios de memoria y de tensión social. Los autores, apoyados en testimonios literarios y en observaciones urbanas, analizan cómo la casa-patio tradicional se convierte en

símbolo de identidad frente a los procesos de turistificación y segregación. Las transformaciones arquitectónicas reflejan las fracturas culturales entre las costumbres y tradiciones impuestas y las dinámicas de gentrificación que afectan al centro histórico. La casa, que fue refugio, se vuelve vitrina. El paisaje doméstico adquiere así una dimensión política, social y cultural.

El séptimo capítulo, firmado por Mariana Landeros Morales, regresa al noroeste mexicano con un estudio sobre la narrativa de Inés Arredondo y el paisaje recreado por los habitantes en relación con el paisaje del valle de Culiacán. A través de una lectura sensible y precisa, Landeros revela cómo el calor, la vegetación y la humedad se transforman en metáforas del deseo y la fragilidad. El paisaje sinaloense aparece como un territorio de esplendor y de violencia latente, donde el goce de la naturaleza dialoga con las tensiones sociales. Este cierre de la primera parte sintetiza el tono del volumen: la atención al detalle sensorial del paisaje y la conciencia de sus implicaciones éticas.

La segunda mitad del libro, dedicada a los paisajes urbanos y turísticos, amplía el horizonte hacia la modernidad y sus contradicciones. El octavo capítulo, escrito por Cristina Saldaña Fernández, Alfonso Valenzuela Aguilera y Alejandra Montes de Oca O'Reilly, analiza Cuernavaca a partir de los relatos de José Herrera y Malcolm Lowry. Los autores examinan la doble condición de la ciudad como paraíso tropical y como territorio de fragmentación. En las novelas, Cuernavaca se presenta como jardín y como infierno; en la actualidad, la urbanización desbordada y la violencia, han disuelto la imagen idílica de la "ciudad de la eterna primavera". Este ensayo constituye una crítica lúcida al desvanecimiento del paisaje simbólico frente a un crecimiento urbano dinámico sin control.

El noveno texto, de Vanessa Isabel Castillo Romero y Eloy Méndez Sainz, se centra en Mazatlán y en la transformación del puerto de un paisaje de esperanza en un paisaje del turismo. A través de crónicas, testimonios y observaciones de campo, los autores muestran cómo el mar, antes imaginado como horizonte de progreso y libertad, se convierte en escenario de consumo, de museificación y desregularización. El análisis del "paisaje costero" pone en evidencia la tensión entre identidad local y globalización, y subraya la manera en que el turismo redefine los imaginarios marítimos de México.

Ramón Leopoldo Moreno Murrieta, Leticia Peña Barrera y Lidia Sandoval Rivas exploran, en el capítulo décimo, la relación entre paisaje, territorio y comunidad en el norte del país. Su estudio sobre la comunidad apache en Chihuahua, inspirado en los textos de Javier Ortega, revela un territorio de resistencia donde la memoria y la literatura indígena se convierten en instrumentos de afirmación cultural. El paisaje, en este caso, no es escenario de contemplación, sino un espacio de conflicto, lucha y sobrevivencia. La perspectiva intercultural de este capítulo amplía el espectro del libro hacia una dimensión política y decolonial.

La investigación de Manuela Guillén Lúgigo, Blanca Aurelia Valenzuela, Isela Salas Hernández y Karla Córdova Contreras sobre la ciudad de Ures, Sonora, examina cómo el

patrimonio y el turismo cultural se entrelazan en la construcción de una identidad regional. A través del libro *Atenas de Sonora. Entre la historia y la poesía* de Arnoldo Ramírez, las autoras reflexionan sobre la apropiación simbólica del pasado como estrategia de desarrollo local en contraste con la diversificación económica, asimismo enfatizan el apego local de los habitantes, el reconocimiento y atributos del paisaje como reflejo de la valoración de los espacios y sus transformaciones. La literatura aparece aquí como instrumento de revitalización, pero también como riesgo de banalización: entre la autenticidad y la mercadotecnia, el paisaje urbano oscila entre lo vivido y lo representado.

El duodécimo capítulo, de Alberto Almejo Ornelas y Aurora García García de León, nos traslada a Tijuana, a su zona de Aguacaliente, icono del glamour fronterizo de los años treinta. A partir de los vestigios arquitectónicos y de los relatos populares, los autores proponen una lectura del paisaje urbano como palimpsesto: una ciudad donde las capas de memoria se superponen, creando vínculos entre el pasado que persiste entre las ruinas y las nuevas representaciones de la cotidianeidad, en este sentido indagan en las relaciones espacio-temporales como aquellas que van consolidando la identidad e imaginarios de los lugares. Su ensayo se acerca a la arqueología afectiva, explorando cómo los espacios marginales conservan un poder evocador que desafía las narrativas oficiales en contra de narrativas vivenciales.

Celina Alejandra Sotelo Amano y Sylvia Cristina Rodríguez González se ocupan de la figura de Jesús Malverde, el llamado “santo de los narcos”, donde esta cultura se impregna en el paisaje. A partir del análisis de los relatos orales, los corridos y los discursos mediáticos en torno a su capilla de Culiacán, las autoras examinan la construcción de un paisaje religioso ambiguo, en el que la devoción popular se entrelaza con la violencia del narcotráfico, así como narrativas de miedo. Su lectura revela cómo la mitología contemporánea del norte de México se edifica sobre una mezcla de fe, transgresión y espectáculo. El paisaje sagrado deviene como reflejo del capitalismo criminal, este ensayo destaca por su valentía conceptual y su mirada antropológica.

El libro cierra con el texto de José Alfonso Baños Francia, dedicado a *La tierra pródiga* de Agustín Yáñez. A través del análisis de esta novela y de la observación del litoral jalisciense, el autor explora las continuidades entre la representación literaria del dominio sobre la naturaleza y los actuales megaproyectos turísticos. El paisaje aparece como escenario de conquista, de deseo y de explotación. Baños Francia devuelve a Yáñez su vigencia crítica, mostrando cómo los conflictos territoriales del presente repiten las estructuras simbólicas del pasado.

Más allá de la riqueza particular de cada ensayo, *Paisajes imaginarios* se sostiene sobre una coherencia interna que lo distingue de otras compilaciones académicas. La idea de “puesta en imaginario”, desarrollada por Méndez a lo largo de su obra, funciona aquí como eje conceptual: el paisaje no sólo se representa (puesta en imagen), ni solo se narra (puesta en relato), sino que se interioriza individual y colectivamente como imaginario, es decir, como forma de conocimiento, apropiación y pertenencia. Bajo esta premisa la percepción del

paisaje se interioriza a través de la imaginación y se exterioriza a través de la narrativa. El relato configura el espacio, construye y reconstruye su identidad a la vez que lo diversifica. Este marco permite articular los distintos estudios bajo una misma lógica interpretativa, y ofrece una metodología innovadora para los estudios territoriales contemporáneos.

Desde la perspectiva del urbanismo y la arquitectura, el libro deja una enseñanza profunda: los espacios no sólo se construyen con materiales, sino con palabras, atmósferas, emociones, afectos y recuerdos. Cada paisaje es una narración y cada ciudad, un texto colectivo. En un tiempo en que el territorio mexicano se ve amenazado por la escenificación, el turismo masivo, la homogeneización global, la violencia y el deterioro ambiental, esta obra invita a repensar la mirada sobre los lugares, a reconocerlos no sólo como recursos sino como depositarios de sentido. Su aporte radica en integrar la sensibilidad estética con la responsabilidad social, proponiendo una ética de la mirada que combine empatía, respeto e imaginación.

Las aportaciones del proyecto no se limitan al campo académico. El trabajo de los distintos equipos de investigación revela un compromiso con las comunidades locales, con la escucha de sus voces y la reconstrucción de sus memorias. El método de trabajo que el libro encarna —una combinación de análisis textual y visual, investigación de campo y reflexión colectiva— constituye un modelo de práctica interdisciplinaria. La coordinación de Méndez se distingue por su capacidad integradora y por su tono ético y conciliador, al promover un conocimiento compartido que no se apropia de los lugares, sino que dialoga con ellos.

Si algo caracteriza a *Paisajes imaginarios* es su doble naturaleza: es al mismo tiempo un estudio científico y un acto poético. Su lectura nos recuerda que la literatura no es un mero espejo de la realidad, sino una forma de construirla, y que cada lugar existe en la medida en que alguien lo nombra, vive, recuerda o imagina. Los pueblos y las ciudades que recorren sus páginas —de Jalisco a Chiapas, de Veracruz a Sonora, de Tijuana a Mazatlán— componen un mapa de la diversidad mexicana, pero también de sus heridas y esperanzas. El libro logra mostrar que el paisaje es una forma de relato, y que en el relato se cifra la posibilidad de reimaginar el territorio.

En su conjunto, la obra representa una aportación fundamental al estudio del paisaje como categoría cultural. Frente a las aproximaciones puramente técnicas o ecológicas, Méndez y sus colaboradores proponen una epistemología de los imaginarios: conocer es también sentir, narrar y recordar. Esta perspectiva no sólo amplía el campo de los estudios urbanos y arquitectónicos, sino que los conecta con la literatura, la historia y la antropología, devolviéndoles su dimensión humanista. *Paisajes imaginarios* invita a mirar el país desde la sensibilidad, a comprender que toda transformación territorial implica también una transformación simbólica.

En tiempos de crisis ambiental, de violencia territorial y de turistificación excesiva, este libro ofrece una alternativa crítica: mirar con atención, escuchar con respeto, narrar con imaginación. Su lectura deja la impresión de que los lugares, más que escenarios, son entes

vivos y complejos, personajes que respiran, sufren y esperan. En esa intuición radica la fuerza poética y política del proyecto. Con *Paisajes imaginarios*, Eloy Méndez Sainz y su equipo nos devuelven la posibilidad de pensar en México desde la imaginación, recordándonos que los paisajes más auténticos, con un carácter simbólico profundo son, precisamente, los que todavía podemos imaginar a través de la literatura y que el reconocimiento mediante la vivencia de estos lugares, nos permite darles sentido y resignificación.

Bibliografía

Méndez, E. (2016). *El imaginario de la ciudad.* México: Universidad de Guadalajara.

Méndez, E. y Aragón, M. (coordinadores). (2021). *Paisaje y literatura. Vistas imaginarias de lugares.* México: Universidad Autónoma de Coahuila-La Biblioteca.

Méndez, E. (coord.). (2024). *Paisajes imaginarios de lugares mexicanos en la literatura*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélez Pliego”.